

X

Todo buen cristiano lleva en su conciencia, en su corazón, los cuadros evangélicos en que anuncia el ángel á María la encarnación de Jesús en sus virginales entrañas. Cuantos quieren expresar la devoción dirigen á la Virgen las mismas palabras del ángel. Poder de todas estas grandes tradiciones en que al aspecto estético y dogmático se une un profundísimo fondo moral; pasan de labio en labio, quedan como vínculo moral en las familias, engrandecen el hogar hasta convertirlo en templo, moderan las pasiones en el pecho, guían las generaciones en su camino, y, transformando el espíritu, concluyen por transformar también las sociedades humanas y la civilización universal. ¿Quién dejará de representarse todos estos pasos de la historia que llevamos los cristianos contada por nuestras madres en el pecho aun más allá de la muerte? Yo, de niño, me las representaba en mis ensueños, según que me iba durmiendo bajo las dos alas del ángel custodio y tras los besos y las oraciones de aquella santa mujer á quien debí la vida. Figurábame la casa de Nazareth, no como palacio de reyes baldosado de mármoles y cubierto de rica pedrería; mis rudimentarias intuiciones

enseñábanme ya que tales viciosos lujos en el mundo se quedan para las Julias y para las Cleopatras. Mi viva fe de aquellos tiempos delineábame una modesta casa como las frecuentes en el borde luminoso de las aguas mediterráneas, arrullada por las palomas del valle y sombreada por las palmas del desierto. Ya sabía yo por las enseñanzas religiosas aprendidas en mi parroquia y en mi hogar que la hija de Joaquín, la esposa de José, la madre de Jesús, no tendría estancia superior á nuestras estancias, dado el oficio manual á que debían los hijos de Salomón y David entregarse para ganar el sustento. El espíritu divino transforma los objetos más humildes y simples en ideales abstractos á la manera que los ojos del alma miran los objetos y seres criados cual abstractas é increadas ideas. Allí, al cubículo de María, cuando apenas contaba ésta diez y seis años, descendió el ángel enviado por Dios. Suaves aromas embalsamarían los aires; una especie de música incommunicable penetraría por los oídos llegando hasta el corazón y las entrañas; la sonrisa verdaderamente celestial y los ojos místicos de aquel sér dotado con sobrenaturales perfecciones movería la sensibilidad á efectos no imaginados, ni siquiera en las más altas expresiones de nuestras artes plásticas; un deliquio sobrecogería en tal momento á la tierna doncella,

el cual deliquio sólo puede compararse con la satisfacción recibida por Dios y por los ángeles buenos al contemplar la creación primera sin mácula, el primer hombre sin pecado, y oír el concierto de los planetas girando en torno de los soles respectivos y produciendo incomunicables armonías. Al oír la salutación del ángel, sus promesas, las esperanzas que vertía, los bienes que anunciaba, el privilegio dado á una sola mujer para que todas en ella se redimieran, debió María confundirse como si desapareciera de la vida y anegarse por completo en aquellos abismos de misterios y en aquellos océanos de ideas. Los dos evangelistas narradores de tales hechos nos cuentan las dudas que asaltaron el ánimo de José y las resoluciones que llevó á ellas la palabra de Gabriel. En algunos momentos creyó el prometido y desposado que la serpiente del mal se había deslizado en el Paraíso de su casa cual se deslizara en el Paraíso de nuestros primeros padres, y había mordido, cual á Eva en los primitivos tiempos, á la mujer que Dios destinara para quebrantarle bajo su talón la cabeza. Pero bien pronto celestiales anuncios, ensueños misteriosos, palabras de las que oye uno dentro de sí mismo en supremos trances, intuiciones del espíritu, presentimientos del corazón, esos avisos de la conciencia dentro de los cuales Dios ha puesto su pro-

pia voz creadora, dijéronle que allí se cumplía un misterio inaccesible á la sazón y se acababa de celebrar una estrecha nupcia entre la tierra por el pecado afeada y el divino bien y la divina verdad existentes en las cumbres y cimas del universo. Volvió á respirar el olor de santidad en su casa, volvió á sentir la paz de Dios en su corazón, volvió á trabajar sereno en sus talleres, volvió á renacer en la esperanza de un Mesías prometido á su pueblo, volvió á sentir las creencias mesiánicas divulgadas entre toda su gente, volvió á ver el trono de David y de Salomón restaurados sobre las colinas de Jerusalén, volvió á repasar los anuncios de Isaías y Ezequiel comprendiendo que la vara de sus desposorios, puesta en el cancel de los hogares de su novia, entre una euramada y tras una serenata, floreció en ramos de azucenas y brotó nidos de palomas para la salvación y para la prosperidad de Israel.

Si queréis comprender y explicar todo cuanto sigue, os impone un buen método histórico conocimiento profundísimo del estado á que llegara por aquellos días la gente de Judá. El pueblo escogido estaba, por tan suprema sazón, empeñado en que las profecías iban á cumplirse y el mesianismo de sus profetas á realizarse. Bajo tal idea, impulsada por tamaño presentimiento, llevando en sus oídos las

palabras angélicas, latiendo en sus entrañas el hijo celestial, María corre desde Nazareth á Hebrón en busca de su prima Isabel, anhelando contarle todo cuanto le pasa en aquellas extraordinarias circunstancias. Así como los tiempos del profeta Isaías deben llamarse tiempos del profetismo, los tiempos del salvador Jesús deben llamarse tiempos de la realización del profetismo. Judá queda bajo Isaías como representante única de toda Israel. El reinado y el reino de David se transfiguran. El destino de sus lejanos herederos, perseguidos tras destronados, muy sumariamente se compendia en la generación del Mesías. Éste vendrá con seguridad á salvarnos como la serpiente vino á perdernos. En las creencias individualistas nuestras reina el dogma de la responsabilidad individual; en las creencias religiosas de Judá reina otro dogma, la solidaridad en el pecado y la solidaridad en el perdón y en el rescate. Isaías llegó á creer que todas las naciones acabarían por convertirse á Jehovah; y como llegó á creerlo, pregonólo en sus profecías inmortales. Aquel hombre titánico se adelantó en ochocientos años al resto de los hombres y anunció en fulguraciones, bien sublimes por cierto, la redención universal. María estaba en el caso de saber los versos de su profeta en la servidumbre bajo Roma, como sabían nuestros padres en el combate por su inde-

pendencia los versos de Quintana, ó las generaciones oprimidas por el cesarismo contemporáneo, tan odioso como el cesarismo romano, los versos de Víctor Hugo. Aunque no era sacerdote ni monarca, el profeta ejercía por su genio sobrenatural y por su arte divino una especie de realeza espiritual y de sacerdocio innominado más brillantes y más poderosos que todas las diademas y todas las tiaras. Isaías confirmaba sus aspiraciones, á que todo el mundo lo creyera inspirado, mostrando en su lengua inmortal rica vena de inspiración inagotable. Lo que más exalta su figura y tonos más elocuentes á su elocuencia presta, es la reconvención de continuo á Israel dirigida por las ingratitudes enormes de que Israel fué rey. Dios había fundado una familia prosperándola con sus favores á diario; y esta familia se revolvió contra Dios. El buey conoce su pesebre, y su amo el asno; pero Israel no comprendió al Eterno. ¡Oh nación pecadora; oh raza de iniquidad; oh hijos de perdición, que renegaran al santo de Israel y se fueran volviéndole con desprecio las espaldas! Por tal motivo la tierra está desierta, los hogares abrasados y la hija de Sión yace triste y solitaria como cabaña en viñedos y en melonares talados. No le importan á Dios la multitud y copia de sacrificios. El humo de los holocaustos le apesta y le repugna la sangre de los bue-

yes. Cuando el pueblo culpadísimos vuelve á Dios las manos, Dios se tapa los ojos para no verlo; cuando alza plegarias, las orejas para no oírlo. Si el mal cesa y el bien á sus obras acude, y busca la justicia, y condena la violencia, y acorre los huérfanos, y defiende las viudas, le prosperará Dios. Entonces, aunque sus pecados tuvieran el color de la escarlata, volveríanse albos como la nieve. Mas ¿qué aguardar de una ciudad convertida en cortesana? Donde la justicia tuvo su habitación se aposentan ahora los asesinos. Pero Dios tomará venganza de sus enemigos. Y alejaránse todos á una con horror de los terebintos que á ellos gustan y nadie acudirá con holgorios á los jardines donde se huelgan ellos. Serán cual estopa los ricos y cual fuego los ídolos. Y arderán sin que nadie los apague. Plantó su viña Dios, y cuando esperaba racimos, cosechó solamente orujos. Caerá su seto para que la huellen y la talen, pues donde antes lucía el sarmiento y el racimo brotarán las espinas y los cardos.

¡Ay de aquellos que añaden casas á casas, campos á campos y, dueños de la tierra, no dejan espacio para los pobres! Todos esos palacios están destinados al saqueo y todas esas campiñas á la devastación. Tiemblan las montañas y los cadáveres se hacinan por las encrucijadas como los montones de basura por las calles. Las mujeres tomarán

en vez de perfumes infecciones, en vez de rizos decalvación, en vez de túnica sacos, en vez de bellezas estigmatas, en vez de cinturones cuerdas. Pero el día de la justicia vendrá bien pronto y á cada cual según sus obras lo juzgarán. Convertiráse al cabo Sión en Sinaí, con sus nubes por la mañana y sus relámpagos por la noche. Y entonces las naciones vendrán á su regazo y sus montañas levantarán la frente sobre todas las cordilleras y Dios quedará como árbitro entre los pueblos. De las lanzas se harán sierras y de las espadas arados. Olvidaránse por todos las artes del combate. Estas y otras muchas palabras corrían por los aires de Galilea y resonaban en los oídos de la Virgen desde Nazareth hasta Hebrón. Isaías, Miqueas, dijeron y anunciaron todas estas cosas en su respectivo tiempo, mas la Virgen creía que iban á cumplirse ante su vista. Por eso en el camino, á pie, semejante á las peregrinaciones de los antiguos nómadas, en los recodos, en las encrucijadas, al llegar á las tiendas de los aduares, al pararse solícita en la entrada de las chozas, al cambiar el saludo con los otros viajeros, debía decir todas estas ideas y anunciar todas estas esperanzas escanciadas en los manantiales de la inspiración antigua y transfundida por verdaderos milagros desde su corazón á su sangre.

Los Evangelios no hablan del sitio donde se hallaba Isabel, á la sazón en cinta del Bautista, como le anunciara Dios á su marido Zacarías. Pero todas las tradiciones quieren que su residencia fuese por aquellos días Hebrón. Y, efectivamente, indicios hay sobrados para creerlo así. Como ya lo hemos recordado en otra parte, hallábase inscrito el padre de Juan á la orden sacerdotal, y debía, por ende, habitar un sitio selectísimo y sagrado entre los varios sitios que unguía y santificaba la vieja tradición. Hebrón descuella no sólo en el cristianismo, en las otras dos religiones monoteístas, en el judaísmo y en el islamismo, por sepulcro de Abraham, quien extrajera la familia semítica del estado nómada para conducirla de su mano á la sociedad ya fija y estable, á la sociedad patriarcal. El Corán y la Biblia, de consuno, enaltecen al patriarca, y, por consecuencia, la tierra donde compró una propiedad, y la redujo, tras compra tal, á posesión suya perpetua, eligiéndola por base y fundamento de su tumba. En estas condiciones fácil cosa que una familia teocrática, como la familia de Zacarías, residiera en sitio también teocrático y litúrgico cual esta unguida ciudad. Las tierras calizas, los pedregosos montículos, el salitre natural esparcido por varios de sus terruños, los retorcidos nopales, el áloe de punzantes cactus, el olivo sombrío, la hi-

guera, la palma erguida y resonante, dan al valle del Hebrón, y á la ciudad en el valle sita, los caracteres de un viejo pueblo palestino. Si hay mezquitas, aunque las piedras, muy bien talladas, compuestas de blanco y rojo, alegren los ojos y rompan el uniforme cielo con sus rotondas enormes, no pierde cosa ninguna de su antiguo carácter ni sufre alteración. El cuadrado, su verdadera figura geométrica, la terraza en lo alto, á la puerta su pozo: he ahí las características bien capitales de un pueblo como este. El val próximo, llamado *escol*, provee á Hebrón de agua. *Escol* quiere decir en hebreo racimo de uvas. Y, en efecto, cuando leéis los primeros libros históricos de la vieja literatura israelita, encontráis la satisfacción inmensa que causó á los primeros de su familia establecidos en Canaán cosecha tan excelente como la cosecha de uvas. Valle de racimos, fruta ópima, le llamaron los hebreos. El sitio este privilegios tales goza en la creencia de los fieles monoteístas, que, apoderados los árabes de su dominio, no permiten visitarlo á ningún musulmán, fuera de santones ó nabíes, y menos á ningún cristiano, por creer sacratísima cosa el sepulcro de Abraham. La célebre caverna goza de un privilegio idéntico al que gozara la Meca, siempre recatadísima en alguno de sus sitios, defendidos con pena de muerte á

los cristianos y abiertos tan sólo con promesa de bienaventuranzas al clero musulmán. Los judíos consagran fervorosa devoción, por su parte, á este pueblo abrahámico. Su liturgia supone sucedidas allí muchas de las escenas en que se desarrolla la trágica historia de los hijos de Abraham. Y, en efecto, aquellas colinas en gradería, los cantos enormes por doquier esparcidos y que parecerían rodados á no llevar la marca de nuestra industria, el cúmulo de columnas rotas y de ruinas amontonadas, enseñan bien claramente las condiciones de aquella población. Hay quien sostiene que de su tierra en sus aguas amasada fabricó Dios al primer hombre. Y como Adán quiere decir tanto como rojo, y la tierra en Hebrón fuese roja siempre, los amigos de buscar en todas partes etimologías confirman, por inducción bien poco rigurosa en verdad, el privilegio con que ornán el singular y prestigiosísimo sitio. Los peregrinos de la Edad Media, fáciles en aceptar todas las creencias, matemáticamente señalaban el sitio donde Caín mató á su hermano, y un poco más arriba la caverna donde Adán y Eva lloraron cien años continuos el fin desastroso de su Abel. La consagración del rey David se hizo allí, por lo cual muchos de los sitios con su nombre suenan y muchas de las ruinas esplenden al centelleo de su recuerdo. Amigo le llamaron los

árabes de Dios al territorio aquel, porque amigo de Dios se llamó en su religión y en su lengua el hombre que lo santificara con su presencia, el venerado Abraham. Los terebintos se dan muy bien allí en su terreno ríscoso. Y al terebinto profesan los judíos devoción especialísima. En la sombra de sus ramas levantó Abraham la primer ara de su Dios, y sus troncos y sus raíces los dan Egesipo y Josefo como contemporáneos de las primeras creaciones. Lo cierto es que atribuían á tales árboles múltiples virtudes medicinales, que á sus raíces confiaban los muertos, que sobre su tronco ponían y apoyaban los altares, que bajo sus copas posábanse los ángeles cuando los expedía el Eterno á decir algo en los amados oídos de sus profetas y de sus héroes. Reposo de terebinto se llamaba en las frases vulgares y corrientes de Israel á todo prolongado, y seguro, y sereno reposo. En las tierras de Palestina los collados frescos, las hondonadas húmedas, las umbrías consoladoras merecen mucha preferencia, por lo abrasado, y árido, y triste de un suelo candente. Quien recorre largos días el desierto bajo un aire del todo encendido, sobre arenales abrasadores, aquejado tristemente de la sed, batido por el simoún, cuando llega con los labios áridos, la sangre quemada, los ojos relampagueantes, la respiración fatigosa, los músculos cansados, á un

oasis como el Hebrón y encuentra las encinas aquí, especie de tienda que le ofrece guarida y sombra; los terebintos allá, en cuyas raíces duermen los muertos y en cuyas ramas se posan los ángeles; acullá la higuera y el granado con sus ricos alimenticios frutos, entre tantos vegetales pródigos; la palmera de dátiles cargada; bendice á Dios, y se huelga en goces, á los cuales dan el nombre de goces edénicos, como si hubieran de nuevo encontrado su edén perdido en las sombras de su culpa. Las emociones que acababa de sentir María en su Anunciación sobrenatural, acrecentaríanse indudablemente á la presencia de todos aquellos espacios consagrados por tantas y tan hermosas tradiciones. Antes de acercarse Isabel, cada pliegue del terreno y cada suspiro del aire evocarían á sus ojos nuestros primeros padres los santos patriarcas y el rey fundador de su familia. En estas efusiones un lirismo natural surgiría de aquellos terrenos, al par aromados por la poesía y por la historia. Seguramente los recuerdos avivaban las emociones y las emociones hacían que palpitasen con mayor fuerza su corazón y sus entrañas. De aquí aquella escena magnífica llamada Visitación á Isabel de María en todos los pueblos cristianos.

No tenemos para conocer la Visitación otro texto que las palabras de Lucas en los capítulos pri-

meros del Evangelio suyo. Para explicar el evangelista los misterios en que la encarnación se halla envuelta y todos los prodigios y todos los milagros con copia tal sucedidos, recuerda que ninguna cosa le es á Dios imposible. Así, pues, tras la encarnación del Verbo en sus entrañas, fuese á Judea la Virgen muy de prisa. Y llegó, y entró en casa de Zacarías, y saludó á Isabel. Ésta, embarazada también, según divinos y sobrenaturales decretos, experimentó en sus entrañas una correspondencia con el estado particularísimo de su prima y hermana. En la efusión del espíritu mesiánico, producida por tantas ideas como se habían divulgado por aquella sazón, Isabel sintió tener el Bautista en su vientre, cual sintió María el Redentor. Estos sentimientos y estas intuiciones, á la mujer naturales, dado su temperamento nervioso, que le granjea proféticos afectos, acreciéntase, á no dudarlo, en el particular estado por que pasaban aquellas dos mujeres. El corazón le dijo á la una que llevaba la premisa en la obra redentora; y el corazón á su vez le dijo también á la otra que llevaba su completa perfección y sus últimas inmanentes consecuencias. Y, al verse y al abrazarse, chocaron en choque luminoso los mutuos afectos de sus dos corazones, y por aquello mismo que sentía cada cual, tanto de sí como de su afín, com-